

Vió Ithamar, asomado a la muralla,  
Del sitiador la hueste numerosa  
Que desfilaba y que formó en batalla.

Quiso seguirla viendo, y presurosa  
Llegó la noche a descoger su manto  
Con él velando la campiña hermosa.

En lo interior de la ciudad, en tanto,  
La casa del monarca se ilumina  
Y el viento puebla melodioso canto.

Sediento de placeres se encamina  
El cortesano allá, dañado el pecho,  
Humilde el rostro que ante el Rey inclina.

Con sentimiento amargo de despecho  
Mira Ithamar, su afecto recordando,  
El venturoso porvenir deshecho.

¡El Rey es su rival! Luego, pensando  
En su estado anterior, vino a su mente  
De sus hermanos el cariño blando;

Del clima de su patria el sol ardiente;  
El conocido techo a cuyo abrigo  
Su tranquila niñez pasó inocente.

Y ahora en el país del enemigo  
Eterno de sus padres, arrastraba  
Remordimiento sórdido consigo;

Pues cuando a la ciudad triste llegaba,  
Con Epha se encontró, y, al conocerla,  
Su alma de su belleza quedó esclava.

Desde el instante aquel llegó a quererla  
Cual ama el ave la región del cielo  
O su albergue de nácar blanca perla.

Dió por ella al olvido el patrio suelo,  
Dios, familia y amigos, sin más norte  
Que ver premiado su amoroso anhelo.

Siendo extranjero en la opulenta corte,  
De conquistar un nombre militando  
En la hueste del Rey, toca el resorte.

Y fué su nombre ilustre resonando  
Luego de boca en boca, y Epha bella,  
Premio a su afán con su cariño dando,  
Le hizo feliz. ¿Se quedará sin ella?

¡Quién sabe si aquel Dios que los tesoros  
Abrió del porvenir a sus profetas  
A fin de que anunciaran el castigo  
De la ciudad gentil, tocó en el alma  
Del joven de Israel cuerda sensible!  
Si trayendo a su mente la memoria  
De los serenos días de la infancia,  
Del cielo de la patria, del afecto

Doméstico, mandó que comparase  
 Con esa paz su agitación presente;  
 Que de su proceder se avergonzase  
 Y que irritado su semblante viera  
 Porque a dioses del hombre vil hechura  
 Culto ha rendido, quebrantando impío  
 Del alto Siná la ley severa!

¡Quién sabe! Que Ithamar, consigo a solas,  
 Aquella noche, en lo interior del alma  
 Oír creyó la voz de su conciencia  
 Que le dijo: «abandona esos amores;  
 Torna presto a la tierra de tus padres;  
 Desagravia a tu Dios.» Ithamar dice:  
 Si Epha abriera sus ojos hoy velados  
 Al rayo hermoso de la luz del cielo,  
 Y el culto de mis padres abrazara  
 Conmigo hacia Israel la llevaría,  
 Y del hogar que me albergó de niño  
 Fuera el ornato y fuera mi alegría.  
 Mas si Epha a seguirme no se atreve,  
 Y a despreciar mi amor está dispuesta,  
 Mañana salvaré yo solo el muro  
 De Babilonia, sí.—¿Lo jurarías?  
 Se preguntó a sí mismo, y en voz alta  
 Se respondió sin vacilar «Lo juro.»

## III.

Todo es placer en el recinto bello  
 Del palacio del Rey. En los salones  
 Lámparas cien derraman su destello  
 Suspensas de los ricos artesones.

En jarrillas de oro prisionero,  
 Languidece allí el nardo y se consume;  
 Por doquiera en preciado pebetero  
 Arde y se exhala el oriental perfume.

Cubre mullida alfombra el pavimento,  
 Y al grato son de melodiosa orquesta,  
 Sus danzas a tejer, con ardimiento  
 La descuidada juventud se apresta.

Allí va la impudente concubina;  
 Allí quien brilla en la guerrera lucha;  
 Allí la joven que su faz inclina  
 Mientras de amor la confesión escucha.

La que en todos los pechos seductora  
 Pone de amar vivísimo deseo,  
 Es esa joven que se acerca. Aurora  
 En su lenguaje la llamó el caldeo.

De niña sumergió sus trenzas blondas  
En la corriente del Eufrates frío,  
Y su cabello en apacibles ondas  
Acrecentóla enamorado el río.

Prestó el cisne la forma a su garganta,  
A sus labios su púrpura la rosa:  
Céfiro ligereza dió á su planta,  
Y fuego el sol a su mirada hermosa.

Amó a Ithamar al conocerle un día,  
Y traicionó su oculto sentimiento  
El rubor que su faz teñir solía,  
Leve suspiro y su turbado acento.

Aurora de Ithamar anheló en vano  
Tierna mirada emblema de esperanza,  
Dulce presión de la robusta mano  
Que la condujo en la festiva danza.

Hielo encontró donde anhelaba fuego;  
Sus rojos labios el silencio sella,  
A Epha miró con Ithamar, y luego....  
¡Oh! ya no más me preguntéis por ella. —

Epha allí está: de transparente velo  
Cubierto lleva el rostro peregrino;  
Resalta el manto de color de cielo  
Sobre su veste de nevado lino.

Del salón a un extremo retirada,  
Allí con nadie habló, triste paloma;  
Mas nunca en el jardín queda olvidada  
Humilde flor si la vendió su aroma.

Viéronla allí tal vez los cortesanos;  
Labio indiscreto pronunció su nombre;  
Es —dicen— la de encantos soberanos,  
La virgen cuya faz subyuga al hombre.

También Aurora la miró, y, ardiendo  
En hoguera de celos la infelice,  
Del Rey el nuevo amor ya conociendo,  
A Baltasar se aproximó y le dice:

—Epha allí está, Señor.— Yo la esperaba,  
Contestó, al parecer, indiferente,  
Y con fuego satánico brillaba  
Buscando a Epha, su mirada ardiente.

Id y traedla de mi trono al lado:  
No puede ser que entre confusa turba  
Tenga su encanto celestial velado  
Esa mujer que mi razón perturba.

Gozosa Aurora va, sin dar oído  
Al murmullo que hermosa la proclama,  
Y a su rival con odio reprimido  
Trémula dice— Baltasar os llama.

Epha, su voz acobardada oyendo,  
Mirada inquieta en derredor tendía,  
Y a su bella enemiga fué siguiendo,  
Que el guerrero Ithamar no parecía.

Al fin llega Ithamar cuando giraba  
En el festín la cincelada copa  
Que dulcísimo néctar ofrecía  
A los sedientos labios. Deseoso  
De hacer alarde el Rey de su riqueza  
Y mostrar los trofeos de su gloria,  
Manda que traigan los sagrados vasos  
Que un tiempo al culto del Señor sirvieron  
Allá en Salem, y de espumoso vino  
Llenos en el instante todos fueron.  
Insensata la turba en ellos liba,  
Y el monarca también, que los ofrece,  
A su vez, a Ithamar: éste, indignado,  
Le rechazó con denodado brío,  
Diciéndole: «Ese Dios de quien te burlas,  
Es el Dios de mis padres: es el mío.»

Absorto Baltasar al joven mira....  
Callan los concurrentes.... Del monarca  
Iba a estallar la procelosa ira,  
Cuando aparece en la pared, terrible  
Y misteriosa mano; traza en ella  
Signos desconocidos y al momento  
Como el humo sutil se desvanece:

El monarca y los súbditos se miran:  
Crece el silencio, y el espanto crece.

Nadie hubo allí que descifrar pudiera  
De los siniestros signos el sentido:  
Se acercan los varones que atesoran  
La copia rica del saber humano  
Y luego la confusa faz inclinan  
Sobre el pecho, de todos en presencia.  
Llega también Nitocris, madre augusta  
Del Rey, y dice que a Daniel se llame,  
Sabio varón que el porvenir conoce  
Y ha explicado sus sueños a ella misma:  
Parten a conducirlo y, entretanto,  
La concurrencia en su temor se abisma.

Conduce a Epha al pórtico y a solas  
El Israelista: sofocante el aire  
No lleva allí el perfume de las flores  
De los pensiles bellos: ningún astro  
Disminuye las sombras de la noche  
Que a su mitad se acerca. Si el bullicio  
Báquico del salón cede al silencio,  
Rugir no se oye el caudaloso Eufrates.

—Es la postrera vez que nos miramos,  
Dijo Ithamar: un delicioso sueño

De mi alma alucinada se hizo dueño  
Y hasta ahora consigo despertar:  
Preciso es que yo parta, y en la tierra  
Que muertos cubre a los abuelos míos  
Llore mis criminales extravíos,  
Náufrago, al pie de conocido altar.

Que yo te amé, y en tu regazo blando  
Ni escuchaba la voz de la conciencia:  
Fueron tus ojos luz de mi existencia  
Y a mis oídos música tu voz.  
¡Ay! por vivir contigo eternamente  
Mi desdichada patria di al olvido;  
Tus dioses adoré; traidor he sido  
A mi conciencia, a mi nación, a Dios!

No me repliques, no, que tus palabras  
Dardo serán que me traspase el pecho:  
De nuestro amor el nudo está deshecho:  
No me detengas, déjame partir.  
Lágrimas no así viertas, ni me tiendas  
Para estrecharme tus amantes brazos:  
Muero si parto; mas ningunos lazos  
Fuertes serán á sujetarme aquí.

¡Oh! si abjurando ciega idolatría  
Tus bellos ojos a la luz abrieras,  
Connigo a mi país prófuga fueras  
A formar las delicias de mi hogar.  
¡Dulce quimera! Baltasar te ama;

Pagará con un reino tu hermosura:  
Yo me alejo transido de amargura:  
Olvídate de mí. ¡No puedo más!

—¡Dioses! ¿qué me sucede en esta noche  
Que con fuego sutil arde mi frente;  
Que me sofoca el abrasado ambiente  
Y del pecho se sale el corazón?  
No me es dado pensar; no tengo ideas....  
¿En tu lenguaje idólatra me llamas?  
¿Dices que partirás? ¿Que no me amas?  
¿Eso dijiste, o me engañaba yo?

¿Cuál es tu religión que así condena  
El fugace placer de los sentidos;  
Que torna a los amantes fementidos,  
Que odiar te manda a una infeliz mujer?  
¿Por qué amargar los pasajeros días  
Que de existencia el cielo nos ha dado  
Si al fin el cuerpo en el sepulcro helado  
Pasto de los gusanos ha de ser?

—Mi religión, repuso el Israelista,  
Hace al mortal de sus pasiones dueño;  
Le dice que la vida es breve sueño,  
Y le aguarda tras él vida mejor.  
¿Qué harás cuando el pesar te oprima el alma?  
Yo si padezco, otra existencia aguardo;  
Tú, al ver que a los demás no alcanza el dardo  
Que te hiere, maldices a tu dios.

Mañana partiré. Nunca tu imagen  
 Se alejará del corazón herido:  
 Siempre tu acento sonará en mi oído;  
 En sueños solitario te hablaré.  
 Apartémonos ya, porque a mis ojos  
 Quiere asomar el reprimido llanto,  
 ¡Epha gentil! Me subyugó tu encanto  
 Y el hechizo rompí. ¡Triunfó el deber!

—Oye, si no es tu Dios vano pretexto  
 Para dejarme, llévame contigo:  
 Tu mismo hogar me servirá de abrigo  
 Y el Dios que adoras tú será mi Dios.  
 Abandono mi patria, mi familia.....  
 —¡Ventura celestial que no soñaba!  
 ¿Irás conmigo?—Cual sumisa esclava  
 Iré contigo, porque tuya soy.

Daniel, en tanto, en el salón fastoso  
 A Baltasar estas palabras dice:  
 Nabucodonosor tu padre, un día  
 Recibió de mi Dios poder y gloria:  
 Mil pueblos sometidos le acataban;  
 Mas dió en su pecho entrada á la soberbia;  
 Dios le lanzó del trono, y con los brutos  
 Muchos años vivió, sin más sustento  
 Que la yerba del campo; en él sufría

La lluvia, el sol, hasta que, al fin, recuerda  
 De Jehová la Omnipotencia, y palpa  
 La vanidad del hombre..... Tú lo sabes  
 Y también contra Dios te ensoberbeces  
 Y tus inmundos ídolos adoras,  
 Y a los sagrados vasos que han servido  
 Al verdadero culto, tus rameras  
 Los sacrílegos labios aplicaron,  
 Rey, a tu ejemplo! Del Señor la ira  
 Rebosa: en la pared su mano traza  
 Caracteres que ciego desconoces:  
 Su contenido, atento escucha ahora:  
 «Contó el Señor los días de tu imperio,  
 Y término les puso. En su balanza  
 Fuistes hallado falto. El reino tuyo  
 Repartióse a los medas y a los persas.»

Por mandato del Rey a Daniel visten  
 De púrpura riquísima; a su cuello  
 Ciñen oro de Ofir, premio a su ciencia:  
 Párte, y al Rey erízase el cabello  
 Al recordar la celestial sentencia.

Mas remoto creyó su cumplimiento,  
 Y hasta olvidarla en el placer ansía:  
 Vuelve a animar a todos el contento,  
 Danzas vistosas tejen todavía.  
 Turba el licor, al cabo, los sentidos.  
 Junto al trono, con ojos adormidos,  
 Y acallando los gritos que levanta

Ebria la multitud, con voz sonora  
La reina del festín, la bella Aurora,  
Al compás del laúd, aquesto canta:

«Cortemos las flores que al paso encontremos:  
Jamás codiciemos las que han de nacer:  
¿La muerte sospechan que vil nos aguarda?  
Mientras que gozamos, su golpe retarda;  
¡Bebamos! ¿Qué importa que venga después?

«¡Oh Rey poderoso! Tu amor no es pagado;  
Te deja burlado austera beldad.  
¿Por qué no arrebatas el bien que te esconde?  
Sin premio tú solo suspiras en donde  
Premiado ven todos su dulce anhelar.»

Tiró el pudor la máscara: al instante  
Ósculo impuro por doquier resuena:  
Acaricia la joven al amante;  
Truécase el baile en bacanal obscena.  
A Epha Baltasar en brazos toma  
Cual apresa el halcón débil paloma,  
Pintado el gozo en su semblante fiero:  
De cólera Ithamar lanza un rugido,  
Y al pecho del monarca dirigido  
Súbite brilla su afilado acero.  
Mas no le hirió, que en el instante mismo  
Álzase afuera un alarido horrendo  
Cual salido del fondo del abismo,  
Y el aire puebla desacorde estruendo.

Inúndase el salón de gente extraña,  
Que a cuantos allí ve hiere con saña:  
Retrátase en los rostros el espanto:  
El Rey sucumbe por el persa herido,  
Y las mujeres que su encanto han sido,  
Piedad imploran con inútil llanto.

La noche estaba oscura; las calles ocupadas  
Con hórrido combate. Confusa vocería  
A poco alzó la turba que derrotada huía  
Ante la hueste persa que en la ciudad entró.

Corre Ithamar, á Epha llevando alborozado,  
Y cuando llega al muro que alzábase sombrío,  
Ve con asombro inmenso que el caudaloso río,  
Siguiendo nuevo curso, su lecho abandonó.

Cuando despunta el alba, desde escarpada cumbre  
Mirando á Babilonia que al lejos aparece,  
La vista lleva al cielo, y su contento crece  
Y exclama: «Al fin vengada te ví, Jerusalem!»

Va a proseguir su marcha; mas Epha, al escucharle,  
Se aflige, y de su pecho sale gemido blando:  
El su apacible frente solícito besando,  
La dice: «¿Por qué lloras? Tu patria es Israel.»